

# Nuevos temas éticos en la ciencia económica

JOSÉ ENRIQUE MIGUENS

Revista Cultura Económica  
Año XXV • Nº 68 • Mayo 2007: 38-46

## 1. Una historia de reduccionismos

Mi contribución es a título de prolegómenos a nuevos modos de acercamiento a este espinoso problema, que con toda modestia quiero sugerir aquí, para discutir posibles caminos de apertura y seguir progresando en el tema, si se los considera válidos. Expresada sintéticamente, la ciencia económica tiene un objeto material o noema, que son acciones humanas de cierto tipo e interacciones de éstas con cosas materiales que las condicionan, como por ejemplo, la cantidad y el flujo del dinero en el sistema. Debido a la influencia del movimiento Iluminista la ciencia económica comenzó a ser considerada para su tratamiento científico como una ciencia natural que, para esta corriente intelectual, era el paradigma de la científicidad. El Iluminismo veía al hombre como parte de la naturaleza física y por lo tanto sostenía que sus comportamientos debían ser analizados si se pretendía actuar científicamente, con principios, reglas y metodologías similares a los de las ciencias naturales.

Esta verdadera hazaña intelectual de reduccionismo que se realizó en la ciencia económica durante los siglos XVIII y XIX fue haciendo imposible la introducción de valores y virtudes o cualquier otra consideración moral en el análisis económico. De esta manera, los juicios y las consideraciones morales quedaban reducidos a ser meras exhortaciones, preceptos o sermones, extrínsecos a la ciencia económica.

Se trata entonces de ir desligando, en lo posible, a la ciencia económica de su encu-

dramiento como ciencia natural e integrarla con las demás ciencias sociales, ciencias de la persona o ciencias morales como las llaman los franceses. Hace tiempo que estas ciencias dejaron atrás al positivismo naturalista y la consideración de los hechos sociales como cosas materiales.

Para entender claramente el problema de la vinculación de la ciencia económica con la moral (no de la Ética que es su tematización filosófica) tenemos que considerar primeramente dos procesos paralelos pero vinculados entre sí, que llevaron a la cultura iluminista y modernista a disociar la moral de la economía en las sociedades.

1. El *proceso histórico* de modificaciones en la ciencia económica, por el cual ésta se fue desgajando de la moral hasta hacerse no solamente autónoma sino con pretensiones de ser la única ciencia moral para la sociedad.

2. El *proceso filosófico paralelo* de definición de la Ética, que esterilizó todos los esfuerzos intelectuales para moralizar la economía.

1. El primer proceso, el *histórico social* que voy a tratar muy sucintamente, se puede ver a través de la evolución de las denominaciones que tuvo la ciencia económica en los últimos siglos. Estas denominaciones son como emergentes visibles que nos permiten captar los cambios de fondo ocurridos en nuestra cultura occidental que repercutieron en la ciencia económica.

A mediados del siglo XVIII cuando se configura la ciencia económica moderna, todavía se veía a esta como ciencia de la riqueza, aunque regulada por la moral. Lo

muestran los libros de Adam Smith: *Teoría de los sentimientos morales* de 1759 seguido por *Investigación acerca de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de 1776. Éste era también el punto de partida de los mercantilistas desde 300 años antes.

La teoría económica de la época era todavía similar a lo que Aristóteles denominaba *krematística* y los escolásticos *pecuniativa*, o sea, que se refería a la creación, la adquisición y el manejo de la riqueza, que para Aristóteles era creada por el intercambio justo pero no por la usura financiera, y estaba dirigida a satisfacer las necesidades de todos los miembros de la familia y de todos los habitantes de la *polis*. Esto la convertía en una ciencia moral. En la misma orientación, dice Jenofonte en su libro sobre la economía: “la suma de cosas buenas se incrementa en el mundo por la diaria práctica de las virtudes”.<sup>1</sup> Por eso Sócrates en este tratado le dice a Isómaco que “hablar de economía es seguir un curso sobre la virtud”.<sup>2</sup>

Adam Smith -que conocía sus clásicos- ve también la economía como una ciencia de la riqueza, de su creación, incremento y manejo. Pero siempre está condicionada por las leyes, la moral y la buena educación. Afirmaba que: “Se puede confiar en que los hombres, buscando su propio interés no harán demasiado daño a la comunidad, no solamente por las restricciones impuestas por las leyes, sino también porque mantienen ciertos frenos provenientes de la moral, la religión, las buenas maneras (*manners*) y la educación” (1976).

Pero poco a poco, el funcionamiento de ese tipo de economía y la acción del capitalismo fueron minando las bases morales de las sociedades. Como lo mostró clarivamente el historiador Hillaire Belloc en sus conferencias de 1937 en la Universidad de Fordham, la cultura y la economía fueron desintegrándose: “con la destrucción de la tradición moral gracias a la cual habían existido y se mantenían precariamente en pie” (1963).

Esto nos lleva al siguiente paso. A mediados del siglo XIX se produce un cambio en la denominación de la ciencia económica que puede verse con el título del libro de John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* de 1848 que fue el texto usual de

enseñanza hasta la aparición del libro de Marshall a fines de siglo. Esta denominación que marca la primacía que va a asumir en la economía la política sobre la moral, se impuso por el prestigio de Inglaterra y porque se había ingresado en una época de gobiernos de democracias elitistas, de sociedades de “individualismo posesivo” (como las llama G. B. Mac Pherson) o mejor dicho de “sociedades adquisitivas” (con el vocabulario del historiador R. H. Tawney), y de gobiernos que estaban a su servicio. Como lo documentan muchos sociólogos, este modelo económico se implantó y se mantuvo por una activa acción de los gobiernos. Esta acción llega hasta la misma teoría, según el sociólogo Pierre Bourdieu: “En nombre de este programa científico de conocimiento, convertido en programa político de acción, se realizó un inmenso trabajo político tendiente a crear las condiciones de realización y funcionamiento de la «teoría» [...] que llega a pensarse como una descripción científica de lo real” (1998: 108-109).

Esta situación dará lugar posteriormente a tensiones y forcejeos entre los gobiernos que quieren dirigir políticamente a la economía real y ésta que pretende independizarse de la tutela del Estado, como se había independizado antes de la moral.

A fines del siglo XIX esta separación se concreta, como lo revela el título del difundido libro de Alfred Marshall, *Principles of Economics* de 1890, que se impuso como texto en todo el mundo y que tuvo ediciones hasta 1977. Fue el primero (el más conocido) en utilizar la palabra “economía” en un título eliminando la palabra “política”.

Esto refleja que la ciencia económica se independiza de la moral y también de la política, para funcionar como una rueda excéntrica que gira en el vacío con movimiento autónomo, prescindiendo de las personas y de la sociedad en la que funciona. Se la considera de manera similar a las ciencias físico-naturales, como un mecanismo con leyes de funcionamiento propio, que prescinden de las personas y de lo humano, leyes que deben tratarse matemáticamente. Marshall provenía de la matemática como también M. Walras y su discípulo Vilfredo Pareto. El propósito de la ciencia económica, en opinión de Marshall, era construir una máquina mental para ver la

realidad, para ello hay que simplificarla al máximo y reducir a las personas a ser *homo economicus*, con comportamientos predeterminados.

Así es como llega nuestra cultura actual a la posición de autores como Friedrich Hayek y más exageradamente Milton Friedman que sostienen que la moral no tiene nada que ver con la economía. Peor aún, los seguidores de la teoría de la *rational choice* de Gary Becker (Premio Nóbel de Economía de 1992) consideran que los comportamientos racionales e instrumentales y sus consiguientes valores, deben ser los que rijan todas las actividades de la sociedad mediante el *cost-benefit analysis* que se convierte así en la única norma moral aceptable de orientación de los comportamientos. Ya en 1946 cuando yo seguía cursos de posgrado en la Universidad de Harvard, nos daban como texto el clásico de Frank Knight *La ética de la competencia* que tenía sentencias como ésta: “No parece haber lugar para nada excepto la economía en el campo de los valores y por cierto no hay ninguno [...] La economía es la única ciencia de la conducta, la que abarca todo”. Este reduccionismo ya lo había anticipado críticamente el sociólogo Max Weber cuando dijo en su libro *Economía y Sociedad* de 1922 que en la cultura modernista, el modo de las acciones instrumentales, que son las propias de militares y empresarios, iba a pretender imponerse a todas las acciones humanas.

2. El paralelo *proceso filosófico*, es el que llevó a nuestra cultura moderna a impregnarse de definiciones racionalistas e idealistas de la Ética que se imponen como un deber ser imperativo y abstracto, disociado de las situaciones, circunstancias y condiciones que envuelven las acciones de las personas en la sociedad, para así preservar la “universalidad” de la aplicación de tales normas<sup>3</sup>.

Este curioso modo teórico de encarar la moralidad de las personas en sociedad se debe a Kant, quien era apodado “el Aristóteles del Protestantismo”, modo que, según el filósofo ético A. Mac Intyre, se ha impuesto de tal manera en nuestros hábitos mentales que aún sus cuestionadores y la gente que no conoce de filosofía, piensan la Ética en esos términos (1998:190).

Aparecen así a los ojos de casi todo el mundo dos regiones de conocimiento inco-

municables: el orden de la naturaleza física completamente impersonal y no moral en el que se incluye a la economía, y un orden moral ideal fuera del reino de la naturaleza. Esta posición intelectual generalizada se califica filosóficamente como “naturalismo fisicista” o “naturalismo materialista” cuando se aplica a las sociedades y a la economía, excluyendo a los valores, las virtudes y todo lo propiamente humano. Una posición como ésta, separa completamente el ámbito del “ser” del ámbito de lo que llaman “deber ser”, que los lógicos británicos traducen, siguiendo a Hume, separando las proposiciones pertenecientes al campo del “*is*”, que es el de la realidad empírica, y las del campo del “*ought*”, que es el de la normatividad ideal. Así se llega a la famosa definición de G. E. Moore en sus *Principia Ethica* que califica a las afirmaciones morales fundadas en la realidad, como “falacia naturalística” de la Ética.

Vistas así las cosas, cualquier tentativa de hablar científicamente de lo moral en la economía se ve como exhortación y como algo propio de predicadores y sermoneadores que, lógicamente, debe ser descartado como anticientífico y opuesto al espíritu de la ciencia objetiva.

Gracias a la importante exposición del Dr. Ricardo Crespo presentada en el Instituto de Ética y Política Económica en octubre de 2004 podemos ver cómo esta posición de Moore influyó fuertemente en el pensamiento de John Maynard Keynes, cómo lo admitió éste en varios de sus primeros trabajos. El profesor Crespo nos muestra cómo la experiencia de la Primera Guerra Mundial, así como la triste experiencia de la desocupación estructural y de la desigual distribución de los ingresos, hizo recapacitar a Keynes sobre la necesidad de volver a los principios morales en sus libros *Las consecuencias económicas de la paz* y más adelante en su *Teoría General*, aunque desde afuera del análisis económico.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Keynes mantuvo decididamente algunas ideas sobre la necesidad de promover el espíritu público faltante en el capitalismo y de formar una élite de personas honestas para darles el manejo de la economía. Así lo expresa en la carta que envió a Hayek

con motivo de la publicación de *The road to serfdom*, que yo fui el primero en publicar íntegramente en mi libro de 1958, *Sociología Económica. (Los presupuestos sociológicos de las teorías económicas modernas)*, por gentileza del Prof. Hayek quien me facilitó el original en la Universidad de Chicago. En uno de sus párrafos Keynes define ese criterio acerca de la moral: “Un planeamiento moderado será sin riesgos si los que lo llevan a cabo están rectamente orientados en sus propias mentes y corazones hacia lo moral [...] Lo que necesitamos es la restauración del recto pensar moral, una vuelta a adecuados valores en nuestra filosofía social”<sup>4</sup>. Pero esta posición moral de Keynes, a mi parecer, se queda en algo exterior a la economía, se queda en mejorar la moralidad de los directivos, de los que manejan la economía, pero, debido a las limitaciones de la Ética que maneja, no va al fondo del problema teórico. Aunque continuó insistiendo en que la economía no era una ciencia natural sino una ciencia moral.

Sin perjuicio de esto, Lord Keynes nos ha dejado en *The end of laissez faire* y en la *Teoría General* hasta llegar a sus *Essays on persuasion* de 1972, algunos puntos prácticos de contralor moral que él basaba en las instituciones intermedias de la sociedad, en el público en general y en la clientela de las empresas, además de los fondos de inversión y de pensiones, de los cuales hablaré luego en la parte práctica.

## 2. El reingreso de la moral en la ciencia económica

Esta impermeabilidad de la teoría económica naturalista fisicista a las exhortaciones de la moral, la señaló con sagacidad Karl Marx en el L. II de *Miseria de la Filosofía*, cuando describe a los que llama “economistas fatalistas” que son insensibles a las tragedias humanas que trae el funcionamiento de la economía, porque para ellos son “nada más que el dolor que acompaña a cualquier parición en la naturaleza” (1903:176-179). Frente a ellos están los de la “escuela filantrópica” que deploran sinceramente estas desgracias pero sólo saben dar exhortaciones y preceptivas que no penetran en la ciencia.

Entonces, ¿cómo se puede reingresar la moral en la ciencia económica? Edgar Morin nos lo advierte claramente: “Hay que pensar de nuevo al desarrollo (económico) para poder humanizarlo. ¿Cómo integrar la ética? No se puede hacer una inyección de ética como se hace una inyección de vitaminas en un cuerpo enfermo. El problema de la ética es que debe encontrarse en el centro mismo de este desarrollo” (2002: 144-145).

Dentro de esta orientación a encontrar la moral dentro de la ciencia económica, un camino a profundizar aparece con los trabajos del Profesor de la Universidad de Cambridge, Amartya Sen, Premio Nóbel de Economía de 1998. Precisamente en la fundamentación del premio que hace la Academia Sueca se dice, con rigurosa precisión, que “ha sido altamente instrumental en *restaurar* una dimensión ética en la economía y las *disciplinas* relacionadas con ella”. De la abrumadora cantidad de publicaciones de Sen sobre este tema, podemos extraer algunas líneas directrices de su pensamiento que nos abren caminos interesantes para la vinculación de lo moral con la ciencia económica.

Debo aclarar, en consecuencia, que no voy a tratar aquí los juicios morales que puedan hacerse sobre el buen o mal funcionamiento del sistema económico, ni sobre la justicia o injusticia de sus resultados. Me limitaré estrictamente a las posibilidades de ingresar consideraciones morales en las concepciones de la ciencia económica y en el análisis económico.

No lo hicieron los economistas clásicos, porque lo daban por supuesto, ni los economistas neoclásicos, porque las teorizaciones de la Ética de su tiempo lo impedían. Pienso que la manera de hacerlo, es mediante la integración de la ciencia económica con las demás ciencias sociales en su orientación actual no positivista. Pero para aclarar este camino teórico, debemos señalar algunas conclusiones de sentido común sobre tan confuso asunto.

En primer lugar pienso que debemos sostener decididamente que la economía no es una ciencia físico-natural de cosas, que funciona con modelos mecánicos y causalistas, sino que es básicamente una ciencia social de personas. Como decía con gracia

mi maestro en Harvard, John H. Williams, Presidente de la *American Economic Association*, en sus clases de 1945: “Los modelos económicos son muy buenos para jugar con ellos, pero tienen poco que ver con la realidad”.

Para Parsons y Smelser en su clásico libro *Economy and Society* -apoyado por muchos importantes economistas que citan en el Prefacio-, “la ciencia de la economía trata con un aspecto amplio de la vida social” y, como tal, “debe apoyarse en las otras ciencias sociales, tanto en los niveles teórico como práctico, así como éstas deben apoyarse en ella”(1961:1). Debo reconocer que muchos economistas ven con prevención estas propuestas, pero pienso que la situación puede superarse con el diálogo, tal como propone Wolfgang Streek del Max Planck Institute en su trabajo “*Social science and moral dialogue*” en la *Socio Economic Review* de 2003 que publica la Universidad de Oxford conjuntamente con la *Society for the Advancement of Socio – Economics*.

Esta posición integrativa de la economía con las demás ciencias sociales tiene una prestigiosa tradición en la ciencia económica actual, como podemos comprobarlo siguiendo el otorgamiento de los Premios Nobel de Economía. En 1974 se otorgó el premio a Gunnar Myrdal, economista y sociólogo que trató este tema en su libro *The political element in the development* y en otros sobre el problema de los negros y sobre la pobreza. En 1978 este premio fue entregado a Herbert E. Simon, analista político y sociólogo dedicado a organizaciones sociales complejas y a procesos de decisión en organizaciones.

Además del premio a Amartya Sen en 1998 del que ya hablamos, el Premio Nobel de 2002 fue otorgado en forma conjunta a George Akerlof, Michael Spence y Joseph Stiglitz. Como dice la citación de la Academia y el Banco de Suecia se hicieron merecedores del mismo por traducir y aplicar a la economía el trabajo de sociólogos y antropólogos. En Spence, el premio es por haber formalizado los reales aportes de la educación en el mercado ocupacional con datos aportados por la sociología; la de Akerlof por haber enriquecido innovativamente la teoría económica con discernimientos (*in-*

*sights*) de la sociología y la antropología; y a Stiglitz por aportar a los estudios de mercado la “información asimétrica” y la teoría “de la decisión en situaciones inciertas”, que el mismo autor sostuvo que provenían de una integración de la economía con la sociología. El Premio de 2002 fue otorgado en forma conjunta a un psicólogo, Daniel Kahneman, y a un economista experimental, Vernon L. Smith, que trabajaron sobre cómo la gente adopta sus decisiones económicas en la realidad, siguiendo así la tendencia hacia la integración de la economía con las demás ciencias sociales. Vernon Smith al momento de recibir el premio, trabajaba en el Centro Interdisciplinario para la Ciencia Económica al cual donó el importe recibido.

### 3. Nuevos conceptos

Considerada como ciencia social, la economía es una ciencia de acciones e interacciones de personas, relacionadas entre sí para tratar con objetos materiales. El *noema* de la ciencia económica son entonces acciones de las personas. Esta definición coincide con lo que afirman las Encíclicas más recientes que consideran a la persona humana como el centro de toda la Doctrina Social de la Iglesia. Siguen en esto al Concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes*, “El hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico – social” (Cap III, n° 63).

Al sostener que la ciencia económica debe tratarse dentro de lo que llamamos los sociólogos “Marco de Referencia de la Acción”, estamos abriendo el camino para el ingreso de la moral en el análisis empírico, porque las acciones humanas son, por definición, morales, positiva o negativamente.

De esta definición surgen así con toda naturalidad y sencillez, nuevas características morales en la ciencia económica que la naturaleza de este trabajo sólo me permiten enumerar.

1. Cuando analizamos el funcionamiento del sistema económico visto como resultado de las interacciones de personas, grupos y sectores sociales, se ve claramente que éste no puede funcionar adecuadamente si los

actores económicos no mantienen ciertos hábitos de comportamiento que, practicados con asiduidad, se convierten en virtudes, como nos enseñó Aristóteles. Los valores humanos positivos llevados asiduamente a la práctica, se concretan en las personas en lo que llamamos “virtudes”. En este sentido, la economista holandesa Irene van Staveren en su libro *The values of economics* ha demostrado que “la economía es y siempre ha sido, acerca de valores humanos que guiaron, facilitaron, constriñeron y cambiaron, el comportamiento económico” (2001).

Algunas virtudes son tan poco usuales en nuestro país que las palabras que las designan han desaparecido, como la virtud de la *industriosidad* que es el resorte de toda vida económica; otras sólo provocan risa en nuestra cultura consumista como las virtudes de la *frugalidad* y la *templanza*, sin las cuales no hay ahorro ni capitalización. A pocos se les ocurre hoy que las virtudes de la *iniciativa*, la *fortaleza* o la *confianza* en el propio esfuerzo son las que llevan a progresar, a asumir riesgos empresarios e iniciar emprendimientos, pero también a sobrellevar los momentos de crisis tratando de salir adelante. Existe, a su vez, el juego de virtudes relacionadas entre sí como las de la *diligencia*, la *autodisciplina*, la *autoexigencia* y el *trabajo* duro y continuado. Además, podemos encontrar virtudes como la *responsabilidad*, la *honestidad*, la *puntualidad* y el *respeto por la palabra empeñada* que se unifican en la integridad personal que, cuando es apreciada por los demás, es la *respetabilidad*, que hace al crédito entre los actores económicos. Y finalmente está la *confianza* (*trust*) sin la cual no puede funcionar una economía de mercado.

El Papa Juan Pablo II definió bien el asunto de la influencia de las virtudes de los miembros de una sociedad sobre la productividad y la prosperidad de ésta en su conferencia en la CEPAL de Santiago de Chile: “Las causas morales de la prosperidad son bien conocidas a lo largo de la historia. Ellas residen en una constelación de virtudes [...]. Ningún sistema o estructura social puede resolver como por arte de magia, el problema de la pobreza al margen de estas virtudes”<sup>5</sup>.

Lo habían afirmado anteriormente los padres del liberalismo económico David

Hume y Adam Smith. El primero, en su *Treatise on human nature*, cuando dice que la capacidad de la sociedad para producir cantidades crecientes de bienes materiales es sólo posible si las personas respetan ciertas reglas que enuncia, una de las cuales es el cumplimiento de las promesas, que edifica la confianza (*trust*). El segundo, en su libro *Lectures on jurisprudence* de 1776, dice que lo que facilita el comercio son las virtudes de la *probidad* y de la *puntualidad* (BRUNI - SUGDEN, 2005: 51-70).

Todas estas características personales y muchas más que podríamos nombrar, que hacen al funcionamiento adecuado y eficiente del sistema económico, son normativamente valiosas y, por lo tanto, moralmente exigibles por parte de la sociedad.

La historiadora Gertrude Himmelfarb, en una de las revistas científicas de mayor prestigio académico en los Estados Unidos (1988), hace una encendida defensa de estas virtudes morales en la economía, despreciadas por sus críticos marxistas, fascistas y nazis que las denominan despectivamente “virtudes burguesas” y que en gran parte no son sino las virtudes clásicas griegas y judeo-cristianas. Nos dice que sin estas virtudes -que no son “burguesas” sino “democráticas” porque son accesibles a todos- no puede funcionar ningún sistema económico, salvo los esclavistas y los coercitivos. Se pregunta, irónicamente, qué proponen estos críticos como alternativas. ¿Será la haraganería, el despilfarro o la irresponsabilidad?

Este reconocimiento de la importancia de las virtudes en el desarrollo económico es sólo uno de los componentes de lo que hoy se teoriza en economía con el nombre de “*capital social*”. Este concepto, que fue introducido en 1998 por el sociólogo James Coleman, es reconocido y aceptado hoy como “factor de producción” por prestigiosos economistas como Joseph Stiglitz Premio Nóbel de Economía de 2001. Como señalo en mi libro *Democracia Práctica*: “Podemos decir que el concepto de «capital social» (en lo económico) abarca todos los aspectos sociales no monetarios que inciden en la productividad y en el buen desarrollo económico” (2004:240) y que, a través de éste, mejoran las condiciones morales de la sociedad. En sus conferencias en Buenos

Aires, el economista Douglass North -Premio Nóbel de Economía 1993- mostró que el fracaso de la economía post-soviética se debió a sus fallas de capital social.

Pienso que nadie puede discutir que una economía se desarrollará mucho mejor y consolidará su desarrollo, si en la sociedad en que funciona priman estas mal llamadas “virtudes burguesas”, y que estará condenada al subdesarrollo crónico (aunque pueda tener algún crecimiento económico), si en ella priman los aprovechadores, los gobernantes y políticos coimeros, los empresarios prebendarios y todas las demás formas sociales de parasitismo económico.

2. El segundo aspecto que permite introducir consideraciones morales en el análisis económico es el de “*calidad de vida*” en la reciente interpretación cualitativa del concepto que le están dando autores como Amartya Sen, Martha Nussbaum, Charles Taylor y el profesor de Lógica Matemática de la Universidad de Harvard, Hilary Putnam.

Hasta ahora, los economistas se contentaban con tener como indicador del desarrollo, el aumento del Producto Bruto Interno (PBI) dividido por la cantidad de personas en la población (PBI per capita). Economistas ortodoxos, envueltos en la cuantificación monetaria, todavía creen que estas cifras marcan la prosperidad de una nación y por lo tanto la calidad de vida de sus habitantes. Hoy en día se está comenzando a ver que este artefacto estadístico que pudo haber sido útil a falta de otros criterios, no llega al fondo del asunto.

Un mejoramiento se produjo con la introducción del coeficiente de Gini que mide las diferencias en la distribución del ingreso, que se debe al sociólogo Corrado Gini que fue durante años Presidente de la Asociación Internacional de Sociología. Sin embargo, tenemos derecho a preguntarnos: ¿qué relación tiene el mero aumento de bienes y servicios con el desarrollo de la sociedad y de la felicidad de las personas que la integran? Amartya Sen afrontó prácticamente este espinoso asunto con su famoso Índice de Desarrollo Humano que hoy están empleando instituciones como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo para otorgar sus préstamos y el Programa de las Naciones Unidas para el

Desarrollo (PNUD) en sus informes anuales sobre el Desarrollo Humano en el mundo. Además, están apareciendo nuevos Indicadores de Calidad de Vida como el de Calvert – Henderson.

En el plano teórico Amartya Sen y Martha Nussbaum compiladores del hoy clásico libro *La calidad de vida* nos dicen en su prólogo; “Por supuesto es posible apegarse a una fórmula mecánica que es fácil de usar y que ya se usó antes. Este libro es un intento de hacer preguntas y de proponer y examinar algunas de las respuestas posibles. Al examinar argumentos a favor y en contra de las diferentes descripciones de la forma en que se puede medir la calidad de vida, se propone generar una comprensión más compleja de las posiciones alternativas y de sus méritos respectivos”(1996).

3. Un nuevo concepto teórico que nos permite introducir a la moral dentro de la ciencia económica es el de “*sociedad civil*”. Como dice el *Journal of Civil Society*: “Los avances teóricos, metodológicos y empíricos en las últimas dos décadas, han sacudido las cuestiones acerca de las relaciones entre economía, política y sociedad. El concepto de «sociedad civil» puede emerger como la innovación conceptual más significativa en las ciencias sociales de los años recientes” (Mayo 2005, Vol. I, n° 1).

No puedo avanzar en este tema, pero puedo adelantar, tal como lo expuse en mi libro *Democracia Práctica* de 2004, que la sociedad civil puede ser un contrapeso solidario para la pura lógica del mercado y también para las lógicas estatistas de los socialismos, en un necesario diálogo social. Además, este nuevo concepto de sociedad civil es el que ha abierto el camino teórico hacia lo que hoy se está denominando “economía civil” que ha sido desarrollada, entre otros, por el Profesor Stefano Zamagni y que cada vez está despertando mayor interés entre los estudiosos.

Dentro de la cultura occidental, tal como lo había previsto Lord Keynes en sus últimos escritos, ya están apareciendo prácticamente por propia iniciativa de la sociedad, prescindiendo de los Estados, toda clase de controles a los comportamientos inmorales de las empresas, por parte de accionistas, fondos de inversión, clientes, sociedades

de consumidores, asociaciones no gubernamentales y público en general, que no tengo tiempo de comentar pero que están abriendo nuevos campos prácticos al reingreso de los comportamientos morales en la vida económica. Por el lado empresario se está incrementado cada vez más el movimiento denominado “Responsabilidad Social Empresaria”.

4. Para concluir esta somera enumeración de elementos que permiten introducir consideraciones morales en el análisis económico, consideramos que nos quedan muchos otros acercamientos que no podemos tratar aquí, como la personalización del mercado, que traté en mi libro *Democracia Práctica* siguiendo al sociólogo Alan Wolfe; los presupuestos sociológicos de los que parte toda teoría económica, tema de mi libro *Sociología Económica* arriba citado); la teoría económica del equilibrio, tema del que se ocupó Alfred Chandler ya en 1977 en su libro de título sugestivo *The Visible Hand*; y la teoría de las decisiones económicas colectivas, que trató no agregativamente Amartya Sen.

5. Solamente puedo tratar aquí, para finalizar, la nueva definición de las finalidades del desarrollo económico que también estableció Amartya Sen y que abre nuevas perspectivas a las consideraciones morales en la ciencia económica.

En un estudio que publiqué en la Revista IDEA en diciembre de 1993 aclaré que “cada área de acción social tiene distintas exigencias de solidaridad y de moralidad que le son específicas” y que “el área económica como tal, es solidaria con la sociedad y cumple moralmente su función cuando hay pleno aprovechamiento de los recursos humanos y materiales de la comunidad y plena producción de bienes y servicios buenos y baratos, accesibles a todos los miembros de la sociedad” (1993:50). Pero esto se refería a lo que se denominaba en esa época “crecimiento económico”. Si hoy estamos hablando de desarrollo económico equilibrado, desarrollo humano y desarrollo social, debemos complementar esta definición de las finalidades de la economía con los aportes de Amartya Sen.

Para él, “las personas no tienen por qué concebirse como receptáculos pasivos de ingresos provenientes del desarrollo”. Con-

juntamente con los demás miembros de la comunidad, todos deben llevar la economía a sus verdaderos fines que, al proveer bienes y servicios a todos, abre para todos el acceso a la libertad. El acceso a los bienes y servicios permite la libertad de decisión en sus vidas porque les permite optar entre alternativas para desarrollar sus personalidades o sea florecer como personas. Esta libertad de opciones no la pueden tener los carentes. Ésta es, para él, la finalidad del desarrollo económico, abrir caminos de libertad para todos. Cuando las personas florecen en su desarrollo humano, florece también el desarrollo económico y también florece la sociedad.

Hemos llegado así, en la teoría económica actual, a la coincidencia y la integración entre el desarrollo económico, el desarrollo humano y el desarrollo social. Estamos comenzando a hablar hoy de un desarrollo “integral y solidario”.

## Referencias bibliográficas

- “An editorial statement”, *Journal of Civic Society*, Vol I, N° 1. May 2005.
- Bank of Sweden., Prize in Economic Sciences in Memory of Alfred Nobel: [www.nobel.se/economics](http://www.nobel.se/economics).
- Belloc, Hilaire (1963), *El Estado Servil*, Ed. Huemul, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1998), *Contre – Feux*, Ed. Liber. Raisons D’Agir, París.
- Bruni, Luigino y Sugden, Robert (2005), “Los canales morales: La confianza y el capital social en la obra de Hume, Smith y Genovesi”, *Revista Valores en la Sociedad Industrial*, Mayo de 2005, Año XXIII, pp. 51- 70.
- Crespo, Ricardo F. (2003), “Economía y virtudes”, *Revista Valores en la Sociedad Industrial*, Diciembre 2003, año XXI, N° 58. pp. 99-102.
- Crespo, Ricardo F. (2004), “El pensamiento ético de John Maynard Keynes”, *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*. Tomo XXXI – 2004, pp 553-583.
- Edgar Morin (2002), “¿Estamos en el Titanic?” en Kliksberg, Bernardo (Compilador), *Ética y desarrollo. La relación mar-*



- ginada*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, pp. 144-5.
- Hayek, Friedrich A. (1944), *The road to serfdom*, The University of Chicago Press.
- Himmelfarb, Gertrude (1988), "What the victorians knew", *The American Scholar*. Spring.
- Jenofonte, *Oeconomicus*, Harvard University Press.
- Keynes, J. M. (1925), *Las consecuencias económicas de la paz*, Espasa Calpe, Barcelona.
- Keynes, J. M. (1988), *Ensayos de persuasión*, Crítica, Barcelona.
- Mac Pherson, C. B. (1962), *The political theory of possessive individualism (Hobbes to Locke)*, Oxford at the Clarendon Press.
- Marx, Karl, (1903), *Misere de la philosophie*, Bibliotheque socialiste international, Giard e Briere, París.
- Miguens, José Enrique (1958), *Sociología económica. Los presupuestos sociológicos de las teorías económicas modernas*, Roque de Palma Editor, Buenos Aires.
- Miguens, José Enrique (1993), "Vida económica: Acerca de su moralización", *Revista Idea*, Instituto para el Desarrollo de Empresarios en la Argentina, Diciembre de 1993. pp. 50.
- Miguens, José Enrique (2004), *Democracia Práctica: Para una ciudadanía con sentido común*, Ed. EMECÉ, Buenos Aires.
- Nussbaum, Martha y Sen, Amartya (Compi-  
ladores) (1996), *La calidad de vida*, Fondo de Cultura Económica.
- Parsons T.; Smelser, N. (1956); *Economy and Society: A study on the integration o f economic and social theory*. The Free Press.
- Sen, Amartya (1997), *Bienestar, justicia y mercado*, Paidós, Buenos Aires.
- Sen, Amartya (2000), *Desarrollo y libertad*, Ed. Planeta, Barcelona.
- Smith, Adam (1976), *The theory of moral sentiments*, Liberty Fund, Oxford University Press.
- van Staveren, Irene (2001), *The values of economics. An aristotelian perspective*, Routledge and Kegan Paul.
- Wolfe, Alan (1989), *Whose keeper? Social science and moral obligation*, University of California Press.
- Zamagni, Stefano, "Conferencias del Dr. Stefano Zamagni", *Revista Valores en la Sociedad Industrial*, Septiembre 2002, Año 19, N°. 54, pp. 5-18.

---

<sup>1</sup> Jenofonte, *Oeconomicus*, Harvard University Press, Vol. IV. Parte II-43.

<sup>2</sup> Idem. XI- 7,6. Ver también XV-4.

<sup>3</sup> Trato detalladamente eso en mi libro Miguens, J. E. (2004), pp. 34-42.

<sup>4</sup> Carta de Keynes a Hayek sobre la planificación publicada como apéndice en Miguens, J. E. (1958).

<sup>5</sup> Citado por Crespo, R. F. (2003), p. 100.